



GRACIAS POR VOLVER, COPÍ

Menuda sorpresa: reeditan las obras de Copi. Ya era hora. Con Copi me pasa como con Bukowski, Calvino, Buzzati, Vian o Cortázar: me duele que no se reediten siempre, de manera discreta, pero sin pausa. Ya entiendo que es imposible que un escritor sea siempre un boom, pero, cuando la obra es excepcional, es lástima que vayan llegando al mundo nuevas generaciones de lectores que pueden pasarse la vida entera sin saber nada de él.

Por eso es buena noticia que Anagrama edite ahora un volumen de Copi que lleva por título *Obras, tomo I*. Eso significa que, afortunadamente, luego vendrá el tomo II, ya anunciado. Pero también podrían venir el tomo III, y el tomo IV... Hay Copi para muchos tomos. Entre novelas, cuentos, obras de teatro e historietas, Copi -de nombre oficial Raúl Damonte Montana- escribió

docenas de maravillas situadas en las antipodas de la literatura con ínfulas y faralaes. Copi nació en Buenos Aires, el año en que aquí acabó la Guerra Civil. A los 16 dibujaba en el periódico satírico *Tía Vicenta*. Como su padre era un antiperonista de pro, la familia tuvo que exiliarse. Primero a Uruguay, luego a Haití, más tarde a Nueva York. A principios de los años sesenta, Copi les dijo adiós -adiós papá, adiós mamá- y se largó a París. Allí dibujó historietas, escribió en francés obras de teatro, novelas y cuentos y ejerció de actor de algunas de sus obras. Murió en 1987, cuando tener sida era una condena a muerte sin indulto posible. Coherente, lo hizo en pleno ensayo de *Una visita inoportuna*, una obra suya que tiene como protagonista a un enfermo de sida que muere.

Los traductores de los libros que componen el volumen que aparece ahora son Alberto Cardín, Enrique Vila-Matas, Edgardo Dobry y el mismo Copi. A nadie debería extrañar que al grandísimo César Aira también le guste Copi, tanto que en 1991 publicó un ensayo sobre él: *Copi*, en Beatriz Viterbo Editora (un libro que, por cierto, debería publicarse aquí, cuanto antes mejor). No debería extrañar porque

la frescura, la cotidianidad demoledora de los personajes y de las tramas de Copi están en la base del espléndido mundo de Aira. Copi escribía sus libros a partir de lo banal. Ninguna petulancia, ninguna altanería, ninguna impostura: pura vida vulgar para, entonces, subir de repente mil escalones. La pareja de viejitos de *Las noches de Flores* que reparten pizza a pie, o el chico que vomita el helado de fresa en *Cómo me hice monja*, difícilmente hubiesen existido sin precedentes como Nicanor Sigampa, el multimillonario negro de *La Internacional Argentina* que -junto con el embajador en París (afectado de aerofagia), una hija natural de Jorge Luis Borges y montones de travestis, trepas y putas- contribuyen de una u

otra forma a intentar convertir a Darío (un poeta menestero que escribe odas que no entiende ni Cristo) en el nuevo presidente de esa república que ahora, veintipico años después de la muerte de Copi, gobierna Cristina Elisabet Fernández de Kirchner, la que dice que comer cerdo es como tomar viagra. Qué bueno es leer cuando el libro que tienes entre manos es bueno de verdad.



MURIÓ EN 1987,
CUANDO TENER
SIDA ERA UNA
CONDENA A
MUERTE SIN
INDULTO POSIBLE